

YA ES HORA

Motiva este escrito el recordar a nuestros paisanos las derivaciones de un derecho fundamental a la persona humana: realizarse con plenitud, que se alcanza con mayor grado cuando la tierra objeto de nuestro trabajo es la natal. Quiero hablar de todo esto porque pertenezco a ese gran número de conquenses emigrantes a los que nos duele el serlo.

Amo esta ciudad hasta tal punto que he querido que mis hijos nazcan aquí. Y sin embargo, ¿qué recibo de Cuenca?; poca cosa: unos cuantos atardeceres en paz, algunas charlas sosegadas con los amigos de ayer, recuerdos, muchos recuerdos y sobre todo una gran nostalgia cada vez que tengo que marcharme; nostalgia que se hace ira, y justa, al analizar el problema de la putrefacción de una ciudad enemiga desde su fundación de todo feudalismo caciquil de tan mala sangre y peores hechos; un pueblo que en el siglo XVII contaba con poder y autonomía en lo político y económico, reducido hoy a ser mera distracción agradable para fines de semana, un museo de lo cursi en piedra, y poco, por no decir nada, más.

Pero, ¿cuál es el motivo de este abandono?; ¿la pobreza provincial?. Estadísticas y voces populares, vox Dei, dicen todo lo contrario. ¿La baja formación cultural?. No creo que piensen así los miles de padres cuyos hijos son educados en toda la ancha España por esos maestros titulados en nuestra entrañable Normal. Ni piensan así los hombres que confían la producción de sus fábricas desde el nivel más alto al menor, a esos conquenses que se ganan el pan fuera de casa; el trabajador que sale de nuestros campos y pueblos, donde quiera que vaya, deja constancia, sin desmadres, ni gaitas, ni panderetas, de su probidad, honradez y buen hacer.

¿La Administración?. Siempre fue bueno tener en casa niños pequeños y en el país, Administraciones. Pero no podemos cargar el mochuelo al más lejano. Sería injusto olvidar los cables que ese centralismo, tan atroz ahora, antes tan bendecido, lanzó a nuestra tierra sin que fueran recogidos y no precisamente por cortos; cables que aplicados posteriormente a otras regiones dieron su fruto.

Entonces ¿de quién?. La respuesta no está en el viento precisamente.

Lo cierto y verdad es que desde hace mucho tiempo existe la tendencia a convertir Cuenca en museo total. Tendencia que no beneficia a nuestro pueblo vivo. Por favor, no pido que se cierre de nuevo, en este caso, el sepulcro de San Julián con siete llaves, y que me perdone Ganivet por esta licencia; lo que estoy intentando decir es que de los muertos hay que recoger lo único inmortal: el ejemplo; todo lo demás es polvo.

Flojo favor hacemos a los Becerril, a Pradas, a Romero, a Fray Luis, a Cano, los Valdés, Ojeda, Gil de Albornoz, y a tantos otros hombres cuya vida se resumió en trabajar duramente por una Cuenca digna y fuerte, flojo favor les hacemos si nos dedicamos a

recordar sus ejemplos y hazañas. Hay que continuar su espíritu, su genio, en favor de una ciudad que puede dar grandes frutos a sí misma y a España como ya hizo en tantas otras ocasiones. Todo lo demás, llámese como quiera: reserva espiritual, unicidad en lo bello, mayos floridos incluso, todo, me parecen sólo metáforas de la peor chulería: comer a expensas de los huesos de los muertos.

No desecho la idea de construir una ciudad única en intimidad y belleza, pero temo, que creyendo a la técnica, madre de todos los desórdenes, desarrollemos monstruosamente una característica en perjuicio de otras tanto o más trascendentes. Y eso que no quiero pensar en lo que suena el río: que esta designación turística ha sido promovida, organizada y montada por y en beneficio de unos cuantos. (Claro que por sus obras les conoceréis. Y obras no faltan, no).

En todo caso lo que no podemos olvidar es que en un momento de la Historia en el que para sentirse hondamente español, por fin es necesario ser también profundamente regional, no se alcanza este punto de partida sin considerarse íntimamente local; para ser un



auténtico castellano, un conquense debe partir de querer hasta la médula de sus huesos a su ciudad, volcándose en su resurgimiento material social y humano: más escuelas, que las necesitamos, más, muchos más puestos de trabajo para que nuestra gente no emigre, más atención a nuestro campo que de puro vacío acabará estéril; y luego todo lo demás, también necesario, pero jamás esencial.

Así Cuenca podrá tomar la curva que marca la historia en estos momentos, sin derrapes, sin sustos, en una evolución claramente positiva y total.

De ocurrir de otro modo, de seguir influenciando en la atmósfera social, política y económica de nuestra casa esas fuerzas oscuras, abortadoras una y otra vez de toda posibilidad de desarrollo, este giro marcado por la historia se dará igualmente, pese a todo, porque ninguna persona pudo con el rodillo del tiempo, pero su paso estará marcado por lo que nadie, con un minimum de ciudadanía, desea: será un avanzar con dolor.

Y nada más. Que cada cual piense, como lo venimos haciendo ya muchos, en que ya es hora para que Cuenca despierte.

José Carlos CALVO CORTES